

## LA LIBERTAD

*Fernando Trejos Escalante*

— I —

Me propongo escribir una serie de artículos sobre el tema de la libertad. Se ha escrito tanto sobre ella, que aparentemente ya no queda nada importante que decir. Tal vez no ha habido tema más abordado y expuesto por los grandes pensadores de todas las épocas y esto es explicable porque, como decía Descartes, "todos tenemos un vivo sentimiento de la libertad". ¿A qué puede deberse, pues, mi empeño en escribir sobre ella? Se debe a que considero conveniente hacer todo lo posible por levantar el prestigio de la doctrina filosófica que más siente la libertad: el liberalismo. Esa doctrina tan calumniada y tan mal comprendida, a la que se le atribuyen tantas cosas que no son y de la que se dicen tantas cosas que nunca han sido, tal vez porque se la confunde con anarquismo, capitalismo o libertinaje.

La incomprensión que existe sobre el término liberalismo es tal, que algunos liberales contemporáneos, para salvarlo, desde hace algunos años han comenzado a hablar de neoliberalismo. No me gusta usar ese término porque para mí el liberalismo es siempre nuevo, siempre abierto a adaptarse a la época y a las circunstancias que se viven. Es la única ideología que permite hacer esto, precisamente porque es la única que no está encerrada en un marco. El liberalismo, como doctrina de la libertad que es, no es necesario estudiarlo para comprenderlo; es necesario sentirlo. Algunas de las suspicacias que despierta el liberalismo se deben a que muchos de los que se autodenominan liberales, no lo sienten plenamente y llegan a planteamientos absurdos para la época y condiciones actuales.

Pareciera innecesario insistir sobre el tema de la libertad, ya que se supone que todos creemos en ella. Sin embargo, si bien la libertad como expresión general es aceptada por todos y nadie se atrevería a opinar en contra de la libertad política, de la libertad religiosa, de la libertad de enseñanza, de la libertad de palabra, ocurre que no todos piensan igual sobre otros aspectos de la libertad. Por ejemplo, la libertad económica: la libertad de trabajar y de producir. No obstante, el hombre sólo puede ser libre si disfruta de todos los aspectos de la libertad, al máximo que sea posible, cuyo límite es la libertad de los demás hombres.

En cierta ocasión decía Bastiat: "¿Qué es la libertad?, y responde: "Es el conjunto de las libertades". La libertad no puede ser parcial. Podemos darle diferentes jerarquías a los diferentes aspectos de ella, pero la libertad es una unidad y esos diferentes aspectos de ella están ligados entre sí. Si uno de esos aspectos no existe, los otros están amenazados. Por eso no es lógico separar la libertad política, unánimemente aceptada, de la libertad económica, despreciada por tantos. Lo político y lo económico se entrelazan entre sí. De esto tiene pruebas el mundo: La planificación integral de la economía sólo ha existido realmente, y sólo puede existir, en regímenes dictatoriales.

Por eso, quienes creemos que la libertad es una sola, que no se puede vivir plenamente si falta un aspecto de ella; quienes creemos que el sistema político basado en la libertad de conciencia, de palabra y de elección debe estar junto al sistema eco-

nómico basado en la libertad de trabajo, de producción y de consumo, tenemos que insistir en el aspecto de la libertad económica; con su mercado libre, que es lo único que permite a los consumidores la facultad de determinar lo que ha de producirse, cómo ha de producirse y a qué precio. Y es que no puede ser completamente libre el ciudadano si, además del derecho a votar, a decir lo que piensa, a tener el credo religioso que más le guste, no tiene derecho a trabajar en lo que quiere, a producir lo que quiere, a consumir lo que quiere. ¿Quién puede negar esta verdad?

Lo que ha constituido el problema es que muchas personas creen que la libertad económica significa que el Estado, en cualquier circunstancia, debe abstenerse de intervenir, que no debe aceptarse ninguna actividad estatal. Y es todo lo contrario. Hay actividades del Estado que son útiles y convenientes, como veremos luego, especialmente en la época que vivimos, que obliga al Estado a una mayor participación. Así como también hay otras que son inconvenientes, porque compiten donde la iniciativa privada sirve mejor, desalientan al individuo, le entran su trabajo, le quitan libertad sin haber causa para ello y disminuyen la producción sin la cual no puede aspirarse al bienestar de todos.

Por otro lado existe el problema de algunos liberales que no se adaptan a la época, y que siguen viviendo en los tiempos pasados, cuando la humanidad no había evolucionado hasta la situación actual, y por eso siguen pensando en el Estado encargado sólo de la policía y de la justicia, que fue la drástica y solamente abstracta concepción inicial.

Lo que debe ser importante para el liberal actual es que exista tanta libertad como sea posible, tanta actividad individual como sea posible, tanto desarrollo de la persona humana como sea posible, tanto bienestar espiritual y material como sea posible. Como ha dicho Pinay: "En un régimen de libertad, el objeto profundo del desarrollo económico es el desenvolvimiento de la persona humana".

Y para lograr esto debe evitarse que el Estado, con una acción innecesaria y perjudicial destruya energías, desaproveche potencias espirituales, fomente la pereza y la dependencia, sino que al contrario, estimule la capacidad creadora del hombre y le permita disfrutar de su apego a la libertad. "El Estado moderno tiene un papel considerable, pero debe respetar al individuo; debe ser su socio y no su adversario; un promotor y no un amo; un soberano que sabe dirigir, pero que sabe también limitarse; en resumen, un Estado fuerte al servicio de un individuo libre".

## — II —

En mi artículo anterior sobre la libertad y el liberalismo, dije que muchas críticas que se hacen al sistema liberal son más bien aplicables, no a éste como sistema, sino a algunos vicios del capitalismo, tales como los monopolios, los trusts, los carteles, la especulación y otros.

Realmente es inexacto llamar liberal a todas las formas de capitalismo; después de todo, los regímenes socialistas constituyen la forma más concentrada de capitalismo que pueda imaginarse.

Asimismo no es correcto decir que lo que se enfrenta al socialismo es el capitalismo, ya que éste, en el mejor de los casos (cuando actúa en libertad y en competencia), sólo es una parte de lo que sí se enfrenta al socialismo: el liberalismo que comprende, no sólo un sistema económico en el cual los factores de la producción son propiedad de los productores, sino un sistema de libertad en todos sus aspectos. Libertad que el socialismo en acción suprime, hasta llegar a las dictaduras más drásticas, porque no de otra manera podría operar el sistema que tiene todos los medios de producción en manos del Estado. Esto sí demuestra que al suprimir la libertad económica, consecuentemente hay que suprimir los demás aspectos de la libertad.

Acusar a los partidarios de la libertad de respaldar un capitalismo monopolista, deshumanizado y materialista no tiene sentido. La misma insensatez es acusar al liberal de conservador, porque el liberal es, en primer lugar, un revolucionario. El liberalismo luchó contra todos los privilegios; luchó por abolir la esclavitud; luchó por la objetividad de la ley; luchó por implantar el sistema democrático republicano; luchó por la educación para todos costeada por el Estado; y en lo económico luchó contra el mercantilismo y todas las prácticas antiguas que detenían el progreso, alcanzando en poco tiempo un mayor desarrollo económico del que la humanidad había logrado en todos los siglos anteriores. Y continúa luchando contra todo aquello que se opone a la libertad, el bienestar y el desarrollo cultural del individuo.

En lo económico dio origen al tipo de capitalismo competitivo llamado economía social de mercado que tiene como fundamento la libre concurrencia y el mecanismo de los precios funcionando en mercados libres. Este sistema ha demostrado ser el que permite una utilización óptima de los recursos de la producción y una satisfacción máxima de los deseos humanos.

Pero el liberal no busca como fin último el desarrollo económico.

Su propósito se centra en el individuo con todas sus complejidades. El mejoramiento de nivel de vida no es un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar un fin más valioso: el desarrollo de la persona; la dignidad y la felicidad del hombre.

Como todo pensamiento abierto a la discusión, el liberalismo ha evolucionado a lo largo de los años; lo único que no ha cambiado es su razón de ser: el interés y el respeto por la libertad del hombre.

El liberalismo clásico nace en el siglo XVIII como reacción a toda una historia de privilegios para unos y de esclavitudes para otros y como reacción a un Estado prepotente y autoritario.

Este liberal descubre que cuando el hombre es libre, no sólo puede lógicamente, ser más feliz, sino que además está en mejores condiciones para crear y producir cultura y bienes materiales. Descubre, además, que esa libertad es capaz de lograr por sí misma un orden "natural", superior al logrado a través de la centralización de todas las cosas por el Estado.

El liberalismo inglés de Adam Smith y el liberalismo francés iniciado por el Dr. Quesnay, aunque tienen la misma base doctrinaria, guardan algunas diferencias.

El primero se basa en el orden natural, en lo automático y, desde este punto de vista, es más irracional. Su preocupación no es comprender lo que ocurra espontáneamente.

El segundo es más racional; quiere explicarse lo que ocurre; analiza las causas y prevé las consecuencias. Es, también, más individualista aunque, dentro de las previsiones racionales, le da al Estado un papel muy importante en la organización social.

Ambas escuelas liberales clásicas ponen un énfasis especial en lo económico.

Después de este liberal clásico, surgió el liberal puro. La característica de éste es que centra su atención propiamente en la libertad. Es la que podríamos llamar segunda fase del liberalismo, coincidente con la Revolución Francesa y que, por lo tanto, lucha en primer lugar contra toda clase de despotismo.

Luego viene una tercera fase en la evolución del liberalismo, que nos conduce al individualismo contemporáneo.

A este liberal moderno le interesa el individuo y todo aquello que lo fortalezca. Consiguientemente, combate el desarrollo del socialismo, ya que éste lleva al totalitarismo, sea éste nazista, fascista o soviético.

Y esta su lucha pro individuo y contra totalitarismo lo acerca, más que el liberalismo clásico inglés, a la escuela francesa, dentro de la cual el Estado juega el papel importante de instituir un marco nacional que ayude al individuo a levantarse.

El liberal moderno no es dogmático; tampoco es un materialista ni un utilitario. Sabe que con su sistema es más fácil para el hombre producir riqueza y obtener así bienes materiales los que no desdeña, porque sabe también que estos traerán bienestar. Pero su verdadero interés no se centra ahí, sino en el fortalecimiento total del individuo, para que éste pueda vivir su vida plenamente. Considera que el individuo, al preocuparse por satisfacer sus propias necesidades, satisface de paso las de las otras personas, lo cual comienza a lograr en el momento en que decide no ser una carga social. El liberalismo, pues, no sólo supone el respeto al individuo, sino que le interesa en sociedad.

No se asusta el liberal moderno ante los falsos moralistas que consideran bajo y vil la persecución del interés personal. Por el contrario, acepta esto como lo más natural. Pero al mismo tiempo considera que el progreso, para que sea realmente tal, debe ser conforme al interés general; es decir, debe favorecer el conjunto de las personas y no sólo a determinados grupos.

Es decir, el liberal moderno busca fundamentalmente la libertad individual, pero busca también que esta libertad, acompañada de la responsabilidad consiguiente, provoque el progreso general.

El liberalismo, pues, no solamente supone el respeto al individuo sino el progreso de la sociedad.

### — III —

Dije en otro artículo que aunque las personas están interesadas en la libertad, algunas le tienen miedo. Para éstas la libertad es temida porque está acompañada del riesgo y la responsabilidad. A esas personas conviene recordarles que en la época de la esclavitud sólo el esclavo tenía derecho a la seguridad, mientras que el hombre libre tenía el privilegio de subvenir él mismo a su seguridad.

El partidario de la libertad supone que el hombre no tiene temperamento de esclavo. "Ahí está la belleza profunda, esplendorosa de la libertad", dice Lequier, "esa posibilidad de creación que eleva al hombre, de alguna manera, a un plano divino". El liberal mira la libertad como un fin, pero se interesa del uso que se hace de ella.

La libertad, según los filósofos, es la conciencia que tenemos de nuestras posibilidades de elección; es poder de decisión, pero no implica poder de ejecución. Sin embargo, hay muchas personas que temen a la libertad porque los forzarán a decidir y a obrar por sí mismos. No hay que olvidar que obedecer es la solución más fácil para los mediocres.

Lo que no puede significar la libertad es una igualdad entre los hombres. Ya la primera Declaración de los Derechos del Hombre dice: "Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derecho". Pero la concepción de la igualdad de hecho, no es posible en un sistema de libertad, porque la igualdad entre los hombres, que son creados naturalmente desiguales, sólo puede lograrse por la fuerza.

Y es hasta conveniente que no exista esa igualdad entre los hombres, porque la única nivelación posible sería una nivelación hacia abajo, lo cual significaría el sacrificio de los mejores, y, en general, una disminución de la humanidad. Al fin y al cabo la humanidad se ha superado espiritualmente a base de los mejores, los cuales sirven de ejemplo para los demás.

Es imposible evitar que en una u otra forma exista una clase dirigente, una élite, que no tiene nada que ver con posición económica o social preconcebidas, ya que todos, si tienen los atributos y se esfuerzan lo necesario, pueden formar parte de ella. La clase dirigente no es, pues, una casta. No se nace siendo dirigente; se llega a serlo por méritos propios.

Es lo mismo que ocurre en la educación. Como lo dijo Madame Danielou: "Un verdadero maestro no se alegra cuando ve un hermoso regimiento de niños que ha conseguido uniformar en su presentación, en su marcha y hasta en su pensamiento, sino que se estremece de temor que allí haya un corazón de niño ofendido, aunque fuera uno solo, un valor personal desconocido, una alma cautiva".

El ideal es que el gobierno del pueblo sea dirigido por una clase dirigente salida del pueblo.

Ahora bien, el verdadero amante de la libertad, aunque incluye en su defensa la libertad económica, no ve solamente el desarrollo económico. No es un materialista que sólo se interesa por los bienes materiales. Busca con la libertad el bienestar integral del individuo, su desarrollo cultural y espiritual, el respeto a su dignidad y a su afán de superación en todos los órdenes.

Por eso el liberal respeta y desea la propiedad privada —bajo el ideal de que todas las personas lleguen a poseerla— ya que el derecho de propiedad, considerado tradicionalmente como derecho natural (la Iglesia Católica lo considera así), está muy ligado a la libertad de ser humano.

La posición del liberal moderno ya no es, como la del liberal clásico, fundamentalmente en favor de las ventajas que se obtienen en cuanto al desarrollo económico. Tampoco es, como la del liberal puro, fundamentalmente un amante de la libertad y un revolucionario contra las tiranías y las dictaduras. El liberal moderno cree en todo eso y lo aúna. Mantiene y defiende las conquistas logradas hasta ahora, pero continúa luchando por el individuo; aspira a que éste pueda vivir su vida al máximo; con el máximo de felicidad, con el máximo de libertad, con el máximo de bienestar espiritual y material.

Al partidario de la libertad, al liberal, le interesa todo aquello que fortalece de verdad al individuo. Más que una posición, es una actitud ante la vida. Sabe que no siempre el individuo puede ser completamente libre, pero busca siempre que cada día lo pueda ser más. Por eso el liberal combate todo aquello que le pueda quitar libertad al ser humano. Tiene la libertad como un Norte, pero sabe de antemano que para llegar a ese Norte tiene a veces que aceptar desviarse un poco de lo que considera la dirección ideal.

#### — IV —

En este repaso sobre la doctrina de la libertad, conviene detenernos un poco sobre el papel del Estado que los liberales aceptan. Es importante este aspecto del tema porque los enemigos del liberalismo han hecho creer, falsamente, que éste es enemigo de toda intervención estatal.

El papel del Estado en un régimen liberal es particularmente importante de definir, ya que el Poder Público, al mismo tiempo que garantiza la libertad del individuo es el que también puede quitarla. De ahí que para el amante de la libertad interese tanto el campo y la manera de actuar del Estado.

El liberalismo ha admitido siempre algunas intervenciones del Estado y es por esa razón que no se puede considerar el intervencionismo como una verdadera doctrina. Si el Estado desapareciera, lo que existiría sería una anarquía que nadie conscientemente puede aceptar. No puede, bajo ninguna circunstancia, confundirse el liberalismo con el anarquismo, por más que algunos enemigos del primero, malintencionadamente o por ignorancia, hayan tratado de hacerlo.

En la época actual, el liberal acepta más actuaciones estatales, ya que considera que el papel del Estado no tiene que disminuirse con los avances de la civilización y del progreso. Al contrario, como ha dicho Dupont-White, "Cuanta más vida, más

órganos; cuantas más fuerzas, más reglas. Y la regla y el órgano de la sociedad es el Estado”.

Lo que ocurre es que los defensores de la libertad reclaman la presencia de un Estado “fuerte en su acción y moderado en sus ambiciones”; que haga en primer lugar muy bien lo que le es esencial porque sólo él puede hacerlo; que haga además lo que es necesario que se haga y los individuos no quieren o no pueden hacer; y, fundamentalmente, que procure siempre estimular, alentar, en lugar de frenar y estorbar la acción humana.

Hay, sin embargo, una actuación del Estado que el liberal no puede aceptar: la que interviene en el mecanismo de los precios. Pero esto se debe a que considera que siempre que lo hace es mayor el daño que el beneficio que produce, dado el aprovechamiento óptimo que tanto los consumidores como los productores obtienen de las inversiones cuando los precios funcionan libremente.

Pero la autoridad y la fuerza del Estado no son de ninguna manera incompatibles con el liberalismo, siempre que la intención no sea hacer un Estado que sojuzgue al individuo, sino que, por el contrario, se esfuerce en crear las condiciones necesarias para establecer y mantener la libertad.

Las reformas sociales, por ejemplo, que algunos han querido hacer aparecer como conquistas del socialismo, no sólo son ampliamente aceptadas por los liberales, sino que casi todas han sido conquistadas por ellos. Hay una evidente diferencia entre un Estado que quiere dirigir todas las actividades de los individuos, hasta lograr que el hombre pierda su propia condición humana, y lo que puede significar usar la fuerza del Estado con el fin de derribar los obstáculos que se oponen al establecimiento de la libertad.

Es conveniente también que el Estado actúe en forma tal, que los individuos no lleguen a esperarlo todo de él, ya que esta dependencia elimina, o al menos disminuye, el afán de superación que es tan útil y consustancial al ser humano. Un pueblo que lo espera todo del gobierno, es un pueblo con menores condiciones de lucha.

Como ya he dicho, la idea básica de los partidarios de la libertad, es salvar y fortalecer a la persona humana, aunque no todos los liberales tengan idéntica opinión sobre los detalles que deben existir para lograrlo al máximo. Como alguien dijera: “La libertad es, por esencia, exclusiva de un dogma inmutable. Por lo cual el liberalismo, aunque parezca ser una unidad sólo lo es en la medida en que se opone al autoritarismo para combatirlo. Pero en realidad, el liberalismo cubre un conjunto de pensamientos bastante diversos, de los cuales el rasgo común es el respeto a la persona humana y la utilización de la iniciativa individual para buscar su bienestar, asumiendo con ello responsabilidades y riesgos”.

El problema consiste en que muchas personas, aunque quieren la libertad, tienen miedo al liberalismo, del que tantas inexactitudes han dicho políticos interesados. Y, fundamentalmente, porque aceptar el liberalismo significa también aceptar asumir el riesgo de la vida. Sin embargo, quien quiera de verdad sentirse libre, debe admitir también que los demás lo sean, y estar dispuesto a correr la suerte que su esfuerzo y las circunstancias le deparen.

El liberal actual se ha ido adaptando a los tiempos, como es lógico que ocurra con una doctrina que defiende la libertad. El Estado liberal de antes era, sobre todo, árbitro y guardián. Ahora se acepta la intervención del Estado hasta en el campo de la producción aunque, como es lógico, sólo cuando fallan las iniciativas privadas y a condición de que el Estado se esfuerce primero, por todos los medios, en promover y estimular esas iniciativas. Pero en todo caso, en el régimen liberal actual el Estado no peca sólo por exceso; puede aún pecar por defecto, lo cual el viejo liberalismo no hubiera admitido.

No obstante, en materia de inversiones, la intervención del Estado debe ser reducida tanto como sea posible y desde el punto de vista del reparto, los liberales consideran que la política que consiste en quitar a unos para dar a los otros, engendra un estado permanente de inseguridad que trae como consecuencia, además de la injusticia, una disminución de la producción con perjuicio para todos. Esto no quiere decir que se debe llegar hasta el extremo de no intervenir en alguna forma para resolver los problemas sociales. Todo lo contrario, hay que hacerlo, comenzando por los problemas sociales más apremiantes. Pero debe tratarse de hacerlo a base de leyes generales, que no entrapen la producción ni desalienten al inversionista.

El partidario de la libertad cree que sólo el mecanismo de los precios, funcionando en mercados libres, permite obtener una utilización óptima de los medios de producción y conducir así a la satisfacción máxima de los deseos humanos. Por eso el liberal desea que la competencia reine en los mercados y si ésta no siempre es perfecta, se contenta con una competencia aproximada; en muchas oportunidades es una actuación del Estado la causa de esa imperfección. Por otra parte, al Estado le corresponde la responsabilidad de determinar el régimen jurídico que sirva de marco al libre desarrollo así concebido. El Estado debe entrar, pues, en escena; "hace jugar las leyes en lugar de dejar que jueguen".

Toda intervención del Estado presenta ventajas e inconvenientes. Por eso lo importante es hacer un balance de esas ventajas y esos inconvenientes. Es necesario que el costo de esas intervenciones sea calculado y consentido, sin camuflarlo con una inflación. En muchas de las intervenciones del Estado, el público no se da cuenta de su costo y de los sacrificios que debe hacer como consecuencia especialmente en el alza de los precios. Por eso aplaude las intervenciones que le parecen buenas. Pero muchas de esas intervenciones jamás las hubiera aceptado el público, si los gobernantes les hubieran hecho saber el precio de ellas.

— V —

A través de los artículos de esta serie, que termino, he pretendido razonar el por qué y el para qué de la libertad y como consecuencia, qué es lo que pretende el amante de la libertad y cómo es de amplio todo lo que admite el liberalismo moderno que es, naturalmente, la doctrina de todos los que creemos que la libertad es condición indispensable del progreso humano.

Asimismo espero haber podido dejar claro que el liberal, o sea el amante de la libertad —y perdónese me la insistencia de esta explicación porque la creo necesaria— busca el desarrollo integral del hombre y no sólo su bienestar material. Y es natural que así sea, porque el partidario de la libertad ama la vida. Y amar la vida es considerar que la vida vale la pena de ser vivida si se vive plenamente; lo cual significa tener presentes todos los valores; asumir el máximo de responsabilidad personal; desarrollar su propia individualidad; tener fe en sí mismo y tener fe en el individuo, lo que equivale a respetar a todos, exigiendo a cada uno su propia responsabilidad, pero otorgando a cada uno el derecho a la libertad correspondiente. No desear nunca ser amo del destino de los demás y creer que el bien común se obtiene con la suma del esfuerzo de cada uno. Todo esto dentro de una estructura estatal en la que priven, con igual valor, la racionalidad y la igualdad ante la ley. La verdadera igualdad, que es aquella que no permite otorgar privilegios a nadie.

Pero hay algo más que, aunque obvio, no debe quedarse sin señalar explícitamente. La doctrina liberal, o sea la doctrina de la libertad, es la más moral de las doctrinas, porque hace a cada persona responsable de sus propios actos; de sus propios actos libres. La moral sólo tiene sentido si la conducta es espontánea, voluntaria y consciente. Una moral impuesta no es propiamente una moral. De ahí que sólo en libertad pueda haber moralidad auténtica.

La moral, o sea la conducta responsable, confiere al individuo su unidad, dándole el más alto valor de su existencia. Exige una autonomía del hombre y ve en cada hombre el fin último de sí mismo. De ahí que esté ligada, que sólo pueda estar ligada, al individualismo.

A cada uno según sus méritos; ésta es la fórmula. El esfuerzo y la capacidad de cada uno es su valor. Lo que realice con su esfuerzo y con su capacidad, es su ventaja, su utilidad. No hay nada más legítimo.

Sólo hay dos concepciones sobre la moral. La una es cristiana y humanitaria, porque declara sagrado a cada ser humano. La otra es esclavizante y cruel porque declara que el individuo está subordinado y sacrificado al conjunto y como esto es antinatural, se requiere, para lograrlo, un poder brutal. Empleo esta palabra con toda intención, porque me refiero, exactamente, a la fuerza bruta, aunque ella esté disfrazada de fuerza legal.

El esfuerzo propio es moral. El producto de ese esfuerzo, sea éste una obra de arte o un ahorro de dinero, es moral; lo primero porque es creación personal, lo segundo porque es disciplina personal para reprimir pasiones y apetitos a fin de lograr otros propósitos mejores.

Desgraciadamente, el vulgo sigue confundiendo al liberal, que parte de principios, con el conservador, que no tiene ninguno, y con el capitalista explotador, que actúa contra todo principio. Nada más contradictorio. Tratar de demostrar esta contradicción con razones y con hechos históricos, es lo que he pretendido.

Y simultáneamente he deseado salir en defensa de la libertad y de los liberales, sus partidarios, que después de todo, lo único a que aspiran —o aspiramos— es a que la libertad no sea ahogada y a que, por el contrario, se permita a cada uno ser un individuo responsable de sí mismo, respetuoso de cada uno de sus semejantes, elector de su propia vida y merecedor de su propio destino.